

## I

La primera Edgerley estaba situada en la falda oriental del monte Chillawasse; la segunda, seiscientos pies más arriba. Al hallarse más cerca de la noble civilización de la capital del estado, la primera reivindicó el nombre y lo conservó; la segunda, en cambio, se vio obligada a conformarse con la apostilla de «lejano». En Far Edgerley no tenían nada que objetar al calificativo, siempre y cuando no se creyera inextricablemente ligado a la distancia entre dicha población y la de más abajo. Estaba lejos, de acuerdo —de las metrópolis, del tráfico, de Babilonia, de Zanzíbar, del Polo Norte—, pero no respecto a Edgerley. Si acaso, era Edgerley a secas la que estaba lejos y... ¡que siguiera así muchos años! Entre tanto, la primera prosperaba, aunque por derroteros más bien plebeyos. Contaba con dos mil habitantes, queserías, aserraderos y una línea de diligencia que cruzaba el Monte Negro hasta Tuloa, donde enlazaba con una segunda línea que conectaba por el este con el ferrocarril. Un comerciante de Edgerley, por consiguiente, podía llegar a la capital del estado en cincuenta y cinco horas: ¿qué más podía pedir el hombre? Los comerciantes opinaban que nada; estaban inmensamente agradecidos por esas ventajas, y por su Edgerley. Sin embargo, sus vecinos de lo alto del

monte, que los miraban por encima del hombro en más de un sentido, no eran de la misma opinión; preferían su pueblo de largo, pese a no poseer factorías, aserraderos, líneas de diligencia a Tuloa —y ni falta que les hacían—, ni dos mil habitantes (apenas llegaban a los mil, y eso tirando por lo alto). Podría parecer que en estas carencias había poco de lo que enorgullecerse, de haberse considerado el asunto con los ojos de ese espíritu del progreso que se enseñorea en nuestros días de la mayoría de las poblaciones estadounidenses; pero, al menos hasta ese momento, el espíritu del progreso no había remontado el Chillawasee, y, en consecuencia, Far Edgerley conservaba intacto su credo.

Era este un credo antiguo —ambos pueblos presumían de un origen prerrevolucionario— pero, pese a la antigüedad, Madam Carroll de Las Fincas fue la primera en condensarlo en una frase manejable; breve (pues lo contrario habría sido darle demasiada importancia al tema) y de una serena superioridad, como cabía esperar de una Carroll. La dama comentó que Edgerley se le antojaba «comercial». ¡Qué brillantez! ¡«Comercial»! ¡Insuperable! Desde luego a Far Edgerley podían tacharla de cualquier cosa menos de eso.

En un atardecer de mayo de 1868, esta misma Madam Carroll de Las Fincas se encontraba en el umbral de su casa con la vista clavada en la línea rojiza de una carretera que serpenteaba por el monte de enfrente; era roja porque atravesaba un terreno de arcilla de ese color, además de ser impracticable durante la mayor parte del año, como sabían por haberlo padecido en sus propias carnes los caballos de la diligencia de Tuloa. Con todo, el vehículo

que en esos momentos atravesaba las últimas hileras de abetos no era una diligencia, por mucho que fuera tirado también por dos recios mulos, que poseían una tenacidad mayor incluso que la de la arcilla roja. Se trataba del coche del comandante Carroll, de Las Fincas, en Far Edgerley, que en esos instantes llevaba a su hija de regreso a casa desde la terminal occidental del ferrocarril.

Un coche de hacendado tirado por mulos podría parecer una anomalía en algunas localidades más al este. Pero no allí. Incluso Edgerley sentía por esta posesión de su rival un respeto que abarcaba a los mulos, o más bien los eclipsaba a la luz del aroma general del conjunto, un aroma que no era real (pues el real era a cuero viejo, no ajeno al deterioro) sino metafórico: el perfume de la aristocracia irrefutable. Pues la «carroza», como se conocía en el pueblo, había pertenecido a los Carroll de las Islas del Mar, quienes, en la opulencia de tiempos mejores, tenían por costumbre veranear en Las Fincas. Cuando el comandante, primo lejano de estos, compró Las Fincas, se llevó también el coche. Hizo bien: los Carroll de las Islas del Mar no necesitaban ya vehículo alguno; ni siquiera tenían mulos para tirar de él y, puesto que vivían ya todo el año en una de sus Islas del Mar, cuya única carretera por los algodinales yermos pasaba anegada la mayor parte del año, no tenían nada de lo que tirar; era por tanto lógico que el comandante hiciera uso del vehículo.

En esos momentos el coche y los mulos asomaron por los zigzags del monte de enfrente; todavía les quedaba, sin embargo, surcar el valle inferior y remontar el Chillawasee, y ya había anochecido cuando se oyó

el sonido de las ruedas por el puentecillo del arroyuelo que atravesaba el paseo Carroll, como llamaban a la avenida de hierba que tapizaba la loma alta desde la calle Edgerley hasta Las Fincas.

—¡Arre, *Peter!* Vamos, arre. ¡Arre! —les decía a sus mulos Inches, el cochero, que quería llegar a la casa con galanura.

Los mulos, reacios a considerar esta opción, se acercaron a la puerta a paso lento. Sin embargo, el cochero aún podía liberar la escalerilla con gran boato, cosa que procedió a hacer a la luz de la vela que Madam Carroll había acercado al porche techado. La escalerilla se desplegó con un traqueteo dilatado, similar al estrépito que había ocasionado durante su cautiverio desde que salieron de Tuloa. Pero nadie en Far Edgerley la habría sacrificado por tal minucia: consideraban que infundía una dignidad especial a la «carroza» (que era ciertamente alta). Ningún otro coche al oeste de la capital tenía una escalerilla semejante, por no hablar de que tampoco ningún coche al este la tenía. Pero en el Chillawasee, pese a desconocer este hecho, no cejaban en su admiración orgullosa. ¿Acaso no anunciaba el traqueteo de la escalerilla al desplegarse —a la puerta de la iglesia, por ejemplo, los domingos por la mañana— que habían llegado el comandante y su esposa y estaban a punto de entrar? ¿No era normal que la gente se alegrara de saberlo con tiempo? Así todos podían prepararse para mirar.

En la ocasión que nos atañe la recién llegada, una chica espigada, pegó un brinco hasta el suelo, sin apenas rozar los escalones desplegados, y abrazó con fuerza a la mujer que había estado esperándola.

—Ay, madre, ¡cuánto me alegro de verla! Pero ¿dónde está padre?

—Estaba muy cansado, Sara. Es muy tarde y se ha retirado ya a su habitación. Me ha dejado dicho que te transmita su amor. Ya sabes que te esperábamos hace dos horas.

—¡Pero si son poco más de las diez! Todavía estará despierto. ¿No podría entrar un momento para hablar con él? No tardaré.

—Lleva un rato dormido. ¿No te parece que es mejor que no lo molestemos?

—Bueno, si está dormido... —contestó Sara Carroll con un tono que no disimulaba su decepción.

—Ya lo verás por la mañana —la consoló la dama entrando ya en la casa.

—¡Toda una noche de espera es mucho tiempo!

—Me figuro que no pretenderás pasarla en vela, ¿verdad?

Sara rio.

—Supongo que Scar está también dormido.

—Sí, pero a él, si quieres, puedes despertarlo; no le cuesta nada conciliar el sueño. Está en la primera habitación al subir las escaleras.

La chica salió disparada y volvió con la cara radiante.

—Está hecho todo un hombrecito. Tiene las manos y las mejillas tan suaves como siempre. ¡Cómo me alegro de que no se haya convertido en un muchachote brusco! Llevo un año y medio sin verlo y está casi igual.

—Está igual. No ha crecido nada.

—Pues no sabe lo que me alegra —contestó con rotundidad a la lamentación implícita de la madre.

Ambas rompieron a reír.

Judith Inches, la hermana del cochero, sirvió entonces en el comedor un refrigerio frugal para la viajera. En cuanto terminó, las dos mujeres regresaron al porche.

—Es que quiero verlo todo. Quiero asegurarme de que por fin he llegado a casa; que aquel es el Chillawasee, y allí enfrente está la Cordillera Negra, y más al oeste se eleva contra el cielo el largo perfil del Monte Solitario.

—Con lo oscuro que está, bien podrías verlos sentada cómodamente en la biblioteca —le sugirió Madam Carroll con una sonrisa.

—De ningún modo. Se descubrirán ante mí, ya lo verá. Conozco el sitio exacto donde tienen que estar; dibujé un mapa con las descripciones de sus cartas.

La muchacha se había sentado en los escalones de la entrada, mientras que Madam Carroll fue a acomodarse dentro, en un sillón bajo. Un porche amplio sobresalía de la fachada; más allá crecía un florido jardín de trazado antiguo que bajaba por la falda de la loma. En él se habían dado cita todas las flores del verano temprano, cuya presencia, en esos momentos de oscuridad cálida y profunda, tan solo traicionaban su perfume y un apagado destello de blanco por donde crecían los arbustos de mundillo.

—Así que, como te he dicho, he decidido dar una recepción especial —comentó Madam Carroll, volviendo a un tema que había sacado en el comedor—. La daré el lunes, de cinco a ocho.

—No tenía que haberse molestado, madre. Ya es bastante placer para mí estar de vuelta en casa.

—Rara vez son mis recepciones por placer, diría yo —repuso pensativa Madam Carroll—. En este caso me pareció oportuno anunciar tu regreso; que a partir de ahora la señorita Carroll residirá permanentemente en casa de su padre en Las Fincas.

—¡Y tan contenta! —apostilló Sara. Se había echado en el porche con las manos cruzadas bajo la cabeza y los ojos puestos en la tersa oscuridad del jardín.

—A fe mía, no es un acontecimiento baladí —prosiguió Madam Carroll—. Y así lo entenderá Far Edgerley. Como bien sabes, en toda sociedad existen ciertas distinciones menores, ciertas diferencias que han de subrayarse debidamente. El regreso de la señorita Carroll es una de ellas. Doy por hecho que tendrás un vestido apropiado...

—Todos los que tengo son negros, claro está. Tengo uno preferido pero es tan sobrio como el que más.

—Tanto da; te sentará de maravilla —contestó Madam Carroll, tras considerar por un momento la figura del umbral—. Y tendrá la ventaja añadida de servir de contraste. En Far Edgerley escasean los contrastes y, la verdad sea dicha, tampoco andamos sobrados de sobriedad ninguna. Más bien se peca de exceso de remiendo. Hay buenos motivos, y yo sería la última en desautorizarlos, pero aunque se tengan las mejores intenciones no siempre es posible confeccionar trajes nuevos con un parche aquí y otro allá; llega un momento en que ni toda la destreza del mundo puede sustituir un tejido nuevo, por sobrio que sea. Las Greer, por ejemplo, llevan un lustro rehaciendo sus popelinas verdes dos veces al año, y lo han hecho bien. Pero, quieran o no, a nadie se le escapa que

siguen siendo las mismas popelinas verdes. También la señorita Corinna Rendlesham y sus hermanas han obrado milagros con distintas combinaciones de cintas y ribetes de terciopelo negro en sus sedas negras, hasta el punto de que la tela ha quedado acribillada por los agujeros de los pespuntos por donde se hicieron los remiendos. Se los ponen para la iglesia en sus mantillas Stella —prosiguió la señora, en tono meditativo—, y en las recepciones, alrededor del cuello, con encaje blanco.

—¿Hay más gente que dé recepciones? —le preguntó Sara desde los escalones.

—No se les ocurriría ni en sueños —contestó con serenidad la mayor.

Pero ¿era mayor? De los pies a la cabeza no había en su menuda persona señal visible del paso del tiempo. Era muy pequeña y delgada. El traje de muselina que llevaba, adornado con un sencillo fajín de raso, le daba un aspecto juvenil, casi infantil, aunque al mismo tiempo pintoresco, como sacado de una miniatura antigua. El peinado realzaba el efecto de ese atuendo a la vez joven y antiguo: el pelo, dorado, uniforme y fino, le colgaba en tirabuzones en torno a la cabeza, unos bucles largos que le llegaban por debajo de la cintura. Eran espirales separadas y enteras, cada una perfecta en sí misma, que no se enredaban con las que tenían al lado; de haber pasado un palillo redondo por una al azar, el pelo lo habría ocultado de arriba abajo. «¡Eso es un tirabuzón y lo demás son tonterías!», acostumbraba a decir el bueno del senador Ashley. Pero aunque ese cabello dorado se rizaba con tanta rotundidad por donde debía rizarse, permanecía



liso y suave como el pelo de una monja por la coronilla, al tiempo que bajaba en una línea regular por los bordes de la frente, siguiendo esa moda recatada y obsoleta que hacía de la frente de cualquier dama que se preciase un triángulo de modestia, que no aspiraba ni a una altura demasiado intelectual ni a una bajeza excesivamente pagana.

¿A qué recordaba esta pequeña *grande dame*, con sus tirabuzones, su vestido y sus maneras? Había a quienes, nada más verla, los perseguía un recuerdo borroso y, si eran avisados, acababan recordando los retratos de las hermosas mujeres de los viejos *Annuals* y *Keepsakes*, esos que se publicaban para regalar en Navidades en la época de las honorables señoras Caroline Norton y Letitia Elizabeth Landon. A la menuda ama de Las Fincas solo le faltaba una banda por el pecho y un harpa, o una cadena de oro rodeándole los rizos y un adorno colocado —en consonancia con los patrones clásicos— en medio de la frente, para ganarse un sitio entre ellas. Un examen más atento, sin embargo, habría revelado una diferencia: esto es, que si bien las adorables señoras de dichas publicaciones aparecían con los hombros más que desnudos (a pesar del despliegue de tela en las mangas), a la menuda Madam Carroll el vestido de muselina le llegaba hasta el mentón, con un cuello cuyos volantitos mantenía inmóviles gracias al anticuado collar infantil de coral que los ceñía.

Esta dama tenía, por lo demás, grandes ojos azules de expresión sosegada; eran los suyos rasgos pequeños y delicados, los labios, finos como pétalos de rosa, con el superior algo más largo enmarcando por

arriba unos dientes nacarados e infantiles. No, ciertamente no había signos de la edad. Con todo, el observador perspicaz habría podido reparar asimismo en el poco espacio, por donde tales signos suelen manifestarse, que quedaba sin cubrir: las sienes y los rabillos traicioneros, la garganta y su revelador tono desvaído, la nuca y su sutil deslealtad, la textura de muñecas y palmas, todo quedaba oculto por el velo de tirabuzones y los volantitos ceñidos del vestido, que le caían sobre las manos hasta casi los nudillos. De la mujer en sí no quedaba nada a la vista salvo, parapetados tras los bucles, una estrecha franja de frente y mejillas, dos ojos, una naricita, la boca y los dedos; eso era todo.

Pero una presencia es siempre más que una ausencia. Tan ausentes estaban los signos de la edad en Madam Carroll como presentes los de la juventud en la hija que acababa de llegar. Sara apenas había cumplido los veinte. Era alta y delgada; se comportaba correctamente, si bien con un porte orgulloso. Este aire se lo confería la pose de la cabeza, igual de perceptible vista de frente que de espaldas. Parecía un orgullo personal, no objetivo, que le pertenecía solo a ella y no a su entorno; no costaba imaginársela con ese mismo aspecto en un trono, o caminando con un canasto del brazo a través de un prado. Pero, si bien el suyo era un orgullo evidente, costaba definir a ciencia cierta la naturaleza de tal sentimiento, pues era igual de evidente que no abrigaba ninguna de las presunciones necias que suelen darse en muchachas de su edad, antes de que el contacto con la realidad se las arranque de cuajo: presunciones de que son especialmente atractivas, hermosas, interesantes

o encantadoras, y que solo tienen que salir al mundo para triunfar en la vida. No obstante, ella misma podría haber definido mejor que nadie la naturaleza de ese orgullo: creía que sus gustos, sus deseos, sus ideas, poseían un grado de refinamiento superior; pero, más allá de todo eso, se fundamentaba en que era la hija de su padre. Había estado orgullosa de esta circunstancia desde que nació. Sus rasgos eran irregulares a la par que delicados. De ordinario no tenía mucho color. Solía llevar su abundante melena lacia, castaña oscura, recogida en un moño sencillo tras la cara ovalada, que estaba demarcada por una delgada línea de cejas del mismo tono moreno e iluminada por dos ojos grises, que, por su tonalidad hermosa y límpida, suponían siempre una sorpresa cuando levantaba las largas pestañas oscuras.

—No sé por qué se ha tomado tantas molestias —comentó la chica sobre la recepción propuesta.

Los ojos grises de Madam Carroll se demoraron por un momento en la muchacha.

—Tenemos que estar a la altura de nuestra posición —contestó—. Nosotras no la forjamos, nos fue dada, y los deberes que conlleva son nuestros deberes.

—Pero ¿acaso son reales esos deberes, madre? ¿No podrían ser ficticios? ¿Y si los ignoráramos por un tiempo, a modo de experimento?

—Si lo hiciéramos —respondió Madam Carroll—, si ignorásemos nuestros deberes, Far Edgerley, en lo social, moriría. Se convertiría en otra aldea variopinta más en lo alto de una montaña. El conjunto se disolvería en los elementos constituyentes, que, como bien sabes, son ceros; somos nosotros, los de Las Fincas,

quienes los mantenemos unidos y les damos la importancia que poseen, sea la que sea.

—Dicho de otro modo, que nosotros, los de Las Fincas, somos el número uno, que, antepuesto a esos pobres ceros, los convierte al instante en riqueza —comentó Sara riendo.

—Justamente. Y las recepciones forman parte de todo esto. Además, al comandante le gustan.

Los ojos de Sara abandonaron la oscuridad apacible del jardín para posarse en su interlocutora.

—Si a mi padre le gustan, no hay más que hablar. Aunque creía que no. Cuando nos veíamos en Baltimore, me contaba que le parecían agotadoras.

—Que sean agotadoras no quita para que sigan siendo deberes. Y en los últimos tiempos, es decir, desde el año y medio que hace que no lo ves, las ha convertido en una especie de pasatiempo.

—¡Qué típico de mi padre! Siempre por encima de la estrechez de miras y la mezquindad. Es capaz de encontrar interés hasta en el pobre Far Edgerley. ¡Ay, madre, qué felicidad estar de vuelta en casa y poder pasar con él todo el tiempo! No he conocido en el mundo nadie que le haga sombra —dijo afectuosamente, con los ojos grises llenos de orgullo filial.

—Él aprecia el cariño que le tienes. No lo dudes nunca, aunque lo encuentres más reticente.

—Padre nunca fue muy hablador.

—Cierto. Pero ahora se cansa con más facilidad que antes por la enfermedad del pasado invierno, como ya sabes. Pero se hace tarde; debo cerrar la casa.

—¿Lo hace usted misma?

—Normalmente sí. No me gusta tener levantada

a Judith Inches pasadas las nueve y media. Y de ordinario me acuesto poco después de las diez. Tu regreso es una ocasión extraordinaria.

—Y extraordinariamente feliz que me hace. ¿Lo sabe, madre, lo feliz que me hace? En este último año y medio en Longfields me ha consumido la nostalgia... Sí, pese a toda la bondad del tío John. ¿Me cree una ingrata?

—No —contestó Madam Carroll mientras subían juntas las escaleras—. Yo sé que quieres a tu tío y que has hecho todo lo posible por hacerlo feliz. Pero a tu padre, Sara, a tu padre siempre lo has tenido en un altar.

—Y sigo teniéndolo —respondió jovial la hija—. Bajaré temprano por la mañana para verlo.

—De momento no baja a desayunar. Todavía no ha recobrado sus fuerzas. Ya te lo comenté por carta.

—No sabía lo del desayuno, madre. No es nada propio de él; estaba siempre tan alegre y radiante en la mesa. Pero por lo menos podré subírselo a su cuarto, ¿no?

—Creo que preferiría verte más tarde, sobre las diez o diez y media.

A Sara se le encendieron las mejillas; nadie podría haber dicho entonces que le faltaba color. Se la veía herida y molesta.

—¡Caramba!, entonces, ¿quién le lleva el desayuno? Creo que yo podría ser tan bien recibida como Judith Inches.

—Se lo llevo yo —respondió con tacto Madam Carroll.

—Que así sea pues. No voy a empezar ahora a tener celos de usted.